


Barcas y dibujos de José Antonio Suárez

Imelda Ramírez González* 
iramirez@eafit.edu.co

*No quiero barca, corazón barquero,
quiero ir andando por la mar al puerto.*
Rafael Alberti

Cosas muy bellas se han escrito sobre la obra de José Antonio Suárez. Y es que su obra es toda una provocación: ese oficio de miniaturista, de dibujante, de grabador que él ejercita hasta la más sorprendente maestría, en una poética vital y renovadora.

Digo esto porque me corresponde hoy, en proporciones mucho más discretas, presentar su obra a los lectores de *Co-herencia*, una publicación del Departamento de Humanidades de la Universidad EAFIT. Los gestores de esta revista han querido que las imágenes no vaguen por las páginas como fantasmas furtivos, sino, por el contrario, buscan que éstas sean sus huéspedes honorarios, y que construyan, junto con los escritos, ese tejido de “herencias”, de pertenencias, de vínculos y, también, de ventanas a nuevos mundos e itinerarios.

La obra de José Antonio Suárez parece estrechamente vinculada al mundo de los impresos y al de la memoria, de una manera que exterioriza sus procesos. Escritos, libros, revistas, imágenes, postales, creo, son puntos de referencia, huellas, recuerdos y compañeros de viaje; de ellos nos valemos para alentar la memoria, para conversar, para soñar, vivir y fantasear muchos mundos: aquellos espacios que en experiencias disímiles e infinitas creamos y nos crean, y también en los que nos recreamos, y cuyos sentidos se resisten a nuestros intentos de fijarlos y conservarlos intactos. Laberintos, sueños, trampas parecen, al fin y al cabo, los lenguajes para nuestra existencia.

* Profesora, Departamento de Humanidades. Universidad EAFIT,

En el mismo sentido podríamos relacionar la obra de este artista con el arte, y con los museos y las historias que lo contienen. En una ciudad como Medellín, excéntrica a los “grandes relatos” del arte europeo, no fueron los museos los que nos enseñaron a los maestros que erigieron como modelos, sino, sobre todo, los libros, las postales, las revistas, las fotografías. La experiencia “aurática” de la que hablaba Walter Benjamin —la presencia de gozo ante el original de una obra de arte—, tal vez, tuvo su correlato, como dijera en días pasados en la Universidad el fotógrafo guatemalteco Luis González Palma, en nuestras iglesias. Diría además, de manera más prosaica, que este correlato estuvo, quizá, en la calle apretujada de acontecimientos y de baratillos, en los buses, en los bares, en los cines y en la intensidad de lo cotidiano que caracteriza nuestras ciudades.

Con los propósitos que antes mencionamos, el editor de *Co-herencia* hizo una cita con José Antonio en el centro. Se reunirían para escanear, en un equipo de alta resolución, los dibujos que irían en la revista. Me invitaron, porque era responsable de haber sugerido su nombre. Nos encontramos temprano, cuando la ciudad empieza a congestionarse. Su rostro, aunque ya nos conocíamos, adquirió una familiaridad nueva y extraña: se me confundía con sus autorretratos; su nariz angulosa, su mirada incisiva y magnificada por sus lentes, su conversación cálida y juguetona, y una cercanía frágil que podía fácilmente tornarse en severidad y distancia.


Por todas esas cosas de la vida, a los pocos minutos de nuestro encuentro comenzamos a presagiar un desastre que parecía inevitable: no había un escáner disponible, y si lo había no se ajustaba a las especificidades requeridas. Recorrimos varias empresas y, de paso, también la ciudad. Parecíamos tener más suerte en estas travesías que en el objetivo primero. En las calles pasamos por entre gafas, cordones y cachivaches multicolores, en ese mundo calidoscópico que se forma por entre las esquinas y los andenes de la ciudad, y al que José Antonio iba dibujando en palabras: “hay que venir al centro para saber lo que se está llevando: mire esos naranjados, aquí es donde pasa todo, aquí está todo”, decía.

Cuando ya escaseaban las energías llegamos a un lugar en el que, al fin, se podían escanear sus trabajos, pero era un proceso lento y el tiempo del que disponíamos se agotaba. Debimos, entonces, escoger unos pocos cartoncitos de varios que él llevaba en un sobre, al que ya, desde antes, había empezado a llenar con dibujos. Los cartoncitos eran fascinantes: tenían huellas del cuidadoso proceso de su elaboración, estaban trajinados y manoseados. En ellos, el brillo de los trazos de lápiz y la presencia de los materiales creaban situaciones asombrosas (¿una experiencia aurática?). De toda aquella variedad de dibujos escogimos sólo los de las barcas; como quien en un *Buscador* pone unos criterios de búsqueda tan arbitrarios como la infinidad de opciones disponibles en

la red. Al final, uno o muchos parecían lo mismo y suficiente para hacerle un pequeño homenaje a esa vasta obra.

Las barcas, consulté en un diccionario, son símbolos perennes del viaje, del desplazamiento y de la transformación constante –de ese viaje que es nuestra vida. Luego pensé que en ellas se encontraba una metáfora con la que podía escribir sobre la obra de José Antonio, sin perderme en su vastedad. El color impregna el papel para hacer el agua. En ella, una barca flota. El agua es el medio y la fuente de toda vida, pero es, también, aquello en lo que casi todo se diluye y donde toda forma se desintegra y toda historia se borra. En uno de los dibujos la barca es vista desde la profundidad del agua y las figuras aparecen como sombras flotando en la superficie, ¿muertos? Al lado José Antonio dibuja unas cadenas y escribe esta misma palabra separando, desencadenando, sus letras. Eslabones que unen, que amarran, al lado del agua que diluye y dispersa.

En otro dibujo los remeros parecen transitar por aguas oscuras y silenciosas de color espeso. Todo se diluye, pero también se arma: barcas minuciosamente construidas bajo las coordenadas de una razón luminosa, precisiones enciclopédicas, fotogramas, textos nemotécnicos que simulan seguridades en una reunión aleatoria que nos devuelve a la inexorable dispersión y disolución de certezas. La memoria parece hecha sólo de instantes fugaces en los que brota el recuerdo. ¿Sus proyectos? Hacer cada día, durante un año, un dibujo. ¿Los motivos? Parecen tan provisionales –aunque elaborados con “infinita” paciencia– y tan casuales como las cosas que cada mañana arrastran las olas a la playa.

José Antonio nació en Medellín hace algo así como medio siglo. En la Universidad de Antioquia estudió las ciencias de la biología y en Suiza, pero también acá, con Yomaira Posada y en el Taller de Grabado, se hizo con rigor, y obsesión, al oficio de grabador y dibujante. Beatriz González, Héctor Abad Faciolince, Carolina Ponce de León, Élkin Restrepo¹, entre otros, han escrito cosas muy bellas sobre su obra. Es un trabajador incansable; vive en Medellín y ahora expone en muchas ciudades del mundo. Gracias a José Antonio Suárez por haber aceptado nuestra invitación 

¹ Autor del texto de uno de los volúmenes que la colección de la Universidad EAFIT, *El arte en Antioquia ayer y hoy*, dedicó a la obra del artista: “José Antonio Suárez Londoño: obra sobre papel”. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 1999.